

este combate mandó hacer un castillo de madera, el qual se habia de llevar por piezas, é armarse bien cerca de aquella cuesta de Albohacen, é poner en él gente que defendiese á los moros la salida, entretanto que en aquella cuesta se fundaba otro castillo de tapias.

Otrosí fué necesario talar algunos árboles, que impedían el paso de la gente, é de los pertrechos que se habian de llevar para el combate. E mandó el Rey al Comendador mayor de Leon Don Gutierre de Cárdenas, que con cierta gente de caballo é de pié estoviesen en la guarda de los peones que habian de talar aquellos árboles. Como la tala se comenzó é los moros lo sintieron, luego salieron con sus batallas ordenadas para la defender. E los christianos por amparar á los taladores, é los moros por defender que no se ficiere la tala, comenzóse la pelea entre los árboles é ramblas que habia en aquel lugar.

El Comendador mayor, vista la ventaja grande que el lugar daba á los moros para pelear, acordó de retraer la gente, é dexar de hacer la tala. E por que retrayéndose los que estaban á caballo podrian recibir mayor daño de los moros, apeóse, é mandó á todos que estaban á caballo que se apeasen; é peleando, é retrayéndose paso á paso, veces firiendo en los moros, veces sufriendo sus fuerzas é tiros desvió la gente de aquel lugar con menor daño que pudo. E así como habia moros que de la cibdad se pasaban al real, así bien habia algunos malos christianos, que dexaban el real é se pasaban á los moros, é los avisaban que en el real habia mengua de gente, é que no pagaban sueldo; é les contaban otras faltas del Real, que les daban esfuerzo, é les facian estar constantes en la defensa de la cibdad. Especialmente los avisaron del consejo que el Rey ovo de tomar aquella cuesta de Albohacen, por impedir á los moros el agua que cogian de la fuente que estaba cerca; é que para lo poner en obra habia mandado armar un castillo de madera. Como los moros ovieron este aviso, conociendo que si aquella cuesta fuese tomada, ellos estarian oprimidos, é no podrian salir de la cibdad ni guardarla de dentro como debian; acordaron de fabricar en ella un castillo de tapia. E luego la primera noche que lo sopieron, puesta gente de armas en la delantera, comenzaron á tapiar sin que se pudiese ver por los del real la obra que facian. E luego por la mañana se vido fecho un circuito de tapias, donde pusieron un capitan con ciertos moros para las defender; las quales estaban en tal lugar, que no se podía combatir salvo á gran daño de los christianos; é luego la noche siguiente continaren su edificio. Así edificando en las noches ficiéron un castillo de tapias en aquella cuesta de Albohacen, de donde defendian su fuente, que los christianos no eran parte para quitarles el agua.

CAPÍTULO CXI.

Del desbarato que algunos caballeros que salieron á el real de Baza ficiéron en los moros de Guadix; é de las cosas que pasaron en Granada.

Estando el real asentado sobre la cibdad de Baza, los moros que habemos dicho que estaban en las fortalezas del Padul é Alhedín, é algunos otros de las cibdades de Guadix é Almería, salian á hacer guerra en los lugares que estaban en la obediencia del Rey é de la Reyna, é llevaban cavalgadas de ganados é prisioneros. Ansimesmo algunos de los caballeros christianos salian del real, é iban á guerrear los moros á los lugares do eran avisados que podian haber presas.

Acaesció en aquellos dias, que algunos mancebos fasta trecientos de caballo, é docientos peones de los que estaban en el real, con ánimo de ganar honra é haber provecho, se juntaron con Don Antonio de la Cueva, fijo del Duque de Alburquerque, é con otro caballero que se llamaba Francisco de Bazan, informados de algunos adalides, que podrian hacer presa en ciertas aldeas cercanas á la cibdad de Guadix, fueron á aquellas partes, é tomaron algunos ganados é prisioneros. E como venian con la presa, salieron contra ellos por mandado del Rey moro que estaba en Guadix fasta seiscientos moros á caballo é á pié para les defender la presa. Algunos de los christianos, quando veyeron los moros ser en mayor número que ellos, decian que debian dexar la cavalgada é salvar sus personas, pues lo podian hacer buenamente; é que no debian pelear con los moros, así porque estaban en tal lugar que la pelea seria á ventaja de los moros, como porque ellos é sus caballos estaban cansados de dos noches é dos dias que habian andado trabajados por haber la presa que llevaban; é que se ponian en aventura de se perder, si esperasen la pelea con los moros que salian de refresco. Los capitanes esforzaban la gente, é amonestábanles que volviesen é peleasen con los moros, porque mayor seguridad habrian mostrando esfuerzo é peleando, que retrayéndose para dar lugar á los enemigos que los siguiesen; especialmente porque en el alcancé todos los peones que llevaban serian perdidos.

Estas amonestaciones de los capitanes no esforzaban mucho á aquellas gentes, porque eran homes allegados de unas partes é de otras, é no eran de sus casas proprias, ni les daban sueldo que les obligase á servir. Y estos tales usando de su libertad, no pensaban obedescer peleando, sino salvarse fuyendo. Otros algunos habia, que doliéndose de como los peones christianos se perderian si los desamparasen, decian que debian hacer rostro á los moros, é pelear con ellos. E así estos como los capitanes, amonestaban al alférez que volviese la bandera, é fuese con ella adelante contra los moros que venian ya cerca. E porque habia entre ellos diversas voluntades, el Alférez dudaba de entrar en los moros con la bandera, segun que los mandaban los capi-

tanés. Vista esta division por un escudero que era de las guardas del Rey é de la Reyna, Alcayde de la fortaleza del Salar, que estaba en aquella compañía, que se llamaba Hernan Perez del Pulgar (1), home de buen esfuerzo, tomó una toca de lienzo, é atóla en su lanza por via de enseña, é dixo á aquellos caballeros: «Señores ¿para qué tomamos armas en nuestras manos, si pensamos escapar con los piés desarmados? Pocas veces se ve vencido el esfuerzo. Oy verémos quién es el home esforzado, é quién es el cobarde; el que quisiere pelear con los moros, no le fallecerá bandera si quisiere seguir esta toca.» E diciendo estas palabras, volvió su caballo con aquella seña contra los moros. E todos los caballeros como veyeron aquello; dellos movidos de su voluntad, dellos vencidos de vergüenza, siguieron aquella toca mirándola por bandera, y entraron en los moros é pelearon con ellos. Los moros, visto que los christianos mostraban esfuerzo para pelear, á los primeros encuentros se pusieron en fuga, é los christianos los siguieron, matando é firiendo, é captivando dellos, fasta bien cerca de la cibdad de Guadix. Fueron muertos aquel dia fasta quatrocientos moros, que fueron despojados en el campo por los christianos. Habida esta victoria: vinieron en salvo para el real con la cavalgada que tomaron. El Rey, informado como habia pasado aquel fecho, armó caballero á aquel Alcayde de Salar, é por memoria de su buen esfuerzo, le dió licencia para traer por armas una lanza con una toca atada en el cabo della, que fué la bandera de aquel vencimiento, por memoria de el buen esfuerzo que ovo aquel dia. Los moros de Guadix, veyendo que su gente por todas partes se disminuía, é que si la cibdad de Baza se tomaba, la tierra toda se perdería, acordaron de embiar gente de caballo é de pié, é con gran requa de farina é de otras cosas necesarias, pensando que podrian entrar de noche con todo ello en la cibdad para la bastecer. E como el Rey lo sopo por las guardas y escuchas que estaban puestas por su mandado en los caminos, luego mandó al Conde de Tendilla é al Conde de Urueña, que saliesen al encuentro de los moros, para que les defendiesen la entrada en la cibdad. Los moros quando sintieron la gente de los christianos que venian contra ellos, acordaron de volver á la cibdad de Guadix con la requa que traian; pero los christianos no podieron tanto guardar el campo, que algunos moros no entrasen en la cibdad, andando por los caminos é veredas ásperas que sabian de aquella sierra. Otrosí algunos moros de la cibdad de Granada, visto que el cerco de la cibdad de Baza se continuaba, é oidas las escaramuzas é batallas que se habian en aquel sitio, donde muchos de los moros é algunos de los principales que estaban en

(1) Este Hernan Perez del Pulgar, llamado el de las hazañas, fué el mismo que despues escribió y dedicó al Emperador Carlos V un breve Sumario de los Hechos del Gran Capitan, confundido de muchos escritores con nuestro Cronista, y hasta ahora de ninguno que yo sepa perfectamente distinguido; de esto se ha hablado mas largamente en el Prólogo.

defensa della, eran muertos, doliéndose de sus daños pasados, é deseando remediar los por venir, acusaban la negligencia de los principales de la cibdad, é decíanles en secreto que veian á sus enemigos matar á sus amigos de su ley é de su sangre, é que miraban como se perdía su tierra, é que tenian paciencia para lo sufrir. Otrosí les decian que Dios estaba ayrado contra ellos por sus divisiones, que les habian fecho perder la tierra é la libertad, é amonestábanles que despertasen é no callasen sus males como fasta aqui habian fecho, é con el ayuda del poderoso se remediasen, é fuesen á ayudar á su sangre, pues se derramaba por salvar á todos ellos; porque si los de la cibdad de Baza se perdian, ninguna esperanza habia de remedio. Estas, é otras cosas semejantes andaban diciendo en la cibdad, por alborotar al pueblo contra el Rey moro que estaba en el Alhambra, para lo matar, é para ir gran multitud de moros á Guadix, é dende socorrer á Baza.

El Rey moro que estaba en Granada, sabido este alboroto, fizo pesquisa por saber quien eran los que lo movian; é sabida la verdad, prendió á los principales que predicaban por el pueblo estas cosas, é fizoles cortar las cabezas; é con aquella justicia que fizo, puso sosiego en toda la cibdad que estaba alborotada. A este Rey moro proveia la Reyna cada mes de dineros para el mantenimiento suyo é de los que con él estaban; é por su respecto el Rey é la Reyna dieron seguridad á todos los de Granada, para que saliesen libremente á hacer sus labores por el campo, é iban con sus mercadurias seguramente por todo el reyno de Castilla.

CAPÍTULO CXII.

De la embaxada que el Gran Soldan embió al Papa, sobre esta conquista de Granada que el Rey é la Reyna facian.

Los moros del Reyno de Granada, visto que la guerra contra ellos se continuaba, é las tierras que los años pasados habian perdido; pensando ser reparados en lo porvenir, embiaron su embaxada al Gran Soldan, faciéndole saber de la guerra que el Rey é la Reyna habian movido contra ellos, é querrellándose á él gravemente de las opresiones é captiverios, é guerra cruel que sus gentes por su mandado continamente les facian, é de las cibdades, é villas, é castillos, é fortalezas que les habian tomado, é cada dia pugnaban por tomar, é como los habian lanzado fuera de sus casas é tierras, que ellos é sus antepasados largos tiempos habian poseído. Por ende que le suplicaban que les diese ayuda para recobrar lo perdido é para no perder lo que les quedaba, é que si aquella ayuda por agora no les pudiese dar, les escribiese que los dexasen estar en sus cibdades, é villas, é tierras libremente, segun que estovieron ellos é sus antepasados de largos tiempos á esta parte.

El Gran Soldan, oida esta embaxada, mandó á dos Frayles del Sepulcro sancto de Jerusalem de la Orden de Sant Francisco, que viniesen á Roma al Sancto Padre con sus cartas; por las quales le em-

bió á decir, como habia sabido que el Rey é la Reyna de España que es en la parte de Europa, habian movido guerra contra los moros del Reyno de Granada que confina con sus señoríos, é que habian recibido dellos grandes agravios é sinrazones, tomándoles sus villas é cibdades, é apremiándoles que saliesen fuera de sus casas, é captivándoles, é tomándoles sus bienes, é haciendo contra ellos otras grandes crueldades; é que aquello era contra toda humanidad natural, porque bien sabia el Padre Santo como en sus tierras é señoríos habia gran copia de christianos que vivian so su imperio, los quales eran conservados en su ley, é guardados en sus bienes y en su libertad. Por ende que le exortaba que escribiese al Rey é á la Reyna de Castilla que cesasen de aquella guerra, é tornasen á los moros todas las cibdades é villas é castillos é fortalezas que les habian tomado, é los reduxesen en toda libertad, segun y en la manera que él en sus tierras é señoríos mandaba tratar á los christianos. E que si esto ficiese, él faria bien en que lo mandar, y ellos farian aquello que notables príncipes son obligados á la piedad natural. E que si no lo ficiessen, á él sería forzado de tratar á los christianos de su señorío en la manera que el Rey é la Reyna de Castilla trataban á los moros que eran de su ley y estaban so su amparo. El Papa, vistas estas cartas, é oido lo que aquellos dos Frayles embaxadores del Soldan le dixeran, acordó de lo remitir al Rey é á la Reyna, y embióles con ellos un Breve, por el qual les facia saber lo que el Gran Soldan le habia escripto: por ende, que diesen la respuesta que cerca dello habian de dar, é que le embiasen con aquellos dos Frayles.

El Rey é la Reyna, visto el Breve del Papa, é la carta y embaxada que el Gran Soldan le habia embiado, respondieron al Papa que bien sabia Su Santidad, y era notorio por todo el mundo, que las Españas en los tiempos antiguos fueron poseidas por los Reyes sus progenitores; é que si los moros poseian agora en España aquella tierra del Reyno de Granada, aquella posesion era tiránica é no jurídica; é que por escusar esta tiranía los Reyes sus progenitores de Castilla é de Leon, con quien confina aquel reyno, siempre pugnaron por lo restituir á su señorío, segun que antes habia seydo.

Otrosí le escribieron que allende de tener los moros tiránicamente esta tierra de Granada, habian fecho é facian guerra continua á los christianos sus súbditos é naturales, que moraban en las cibdades, é villas, é tierras que confinan con aquel Reyno de Granada; é habian pugnado por tomar, é tomaban quando podian las cibdades, é villas, é castillos, é fortalezas que son en su señorío; é robaban ganados, é tomaban de ellas captivos, é facian guerra cruel á todas las partes de los christianos que son en sus comarcas. Lo qual veia bien su Santidad que no era de sufrir, é que les era necesario cobrar lo suyo guerreando, é defender á los suyos resistiendo; é que si el Soldan trataba bien á los christianos que moraban en las tierras de sus señoríos, ellos an-

simesmo trataban bien á otros muchos moros que estaban derramados en sus reynos, é tierras, é provincias que viven so su imperio, é conservan sus personas en toda libertad, é poseen sus bienes libremente, é los consienten vivir en su ley con toda esencion, sin les facer premia; é que esta conservacion é libertad habian guardado á los moros de algunas cibdades é villas é tierras de aquel Reyno de Granada, que habian querido estar debaxo de su imperio, é gozarian de ella con todos los que quisiesen estar; pero que á los otros rebeldes, é á aquellos que tiránicamente presumen de poseer la tierra que no es suya, é facer guerra á los christianos sus súbditos, é pugnan por tomar las cibdades é villas de su señorío, que su Santidad veia bien quanto razon habia de resistir su tiranía, é de facerles guerra fasta que dexen la tierra, salvo si quisiesen vivir en ella debaxo de su imperio como los otros moros que moran é viven en otras partes de sus reynos.

Esta respuesta dieron el Rey é la Reyna por sus letras al Santo Padre; é fablaron largamente con aquellos Frayles del Sepulcro santo de Jerusalem, que traxieron esta embaxada del Soldan, informándoles de estas cosas, para que las diesen á entender al Soldan. Dada esta respuesta, é despedidos aquellos Frayles embaxadores, la Reyna les dió mil ducados cada año situados en sus rentas; los quales dió orden que se llevasen á Jerusalem por cambios cada un año, para que las cosas necesarias al culto divino se ficiessen en el santo sepulcro mas honradamente. Otrosí les dió un velo, que ella movida con devocion habia fecho por sus manos, para poner encima del santo Sepulcro.

CAPÍTULO CXIII.

De la gente que la Reyna embió á llamar de nuevo para estar en el cerco de Baza.

El cerco de la cibdad de Baza se dilatava porque los moros, como quier que habia quatro meses que estaban cercados, pero no mostraban tener mengua de lo necesario, é siempre parecia estar vivos en sus fuerzas, porque todos los dias salian á pelear y escaramuzar con los christianos. E algunos de los moros que se salian de la cibdad é venian al real, informaban al Rey que el caudillo de Baza los esforzaba, diciéndoles que el real no podría durar allí muchos dias, porque la primera lluvia que viniese los constriñerian que lo alzassen. Otrosí le decian que algunos christianos de los que se pasaban del real á la cibdad avisaban al caudillo de la poca gente que el Rey tenia, porque mucha de la que habia traído era consumida, dellos muertos, é dellos feridos, é otros dolientes. Otrosí, que le decian de la dificultad que habia en el traer de los mantenimientos, é de la gran carestía con que se vendian, é de la falta de dinero, é de otras menguas que cada dia recrescían en el real; las quales cosas, é tambien la fortuna del invierno que esperaban, constriñerian á que lo alzassen; é alzado, ellos se repararian de los

males pasados, é cobrarían la tierra que habian perdido, é como victoriosos gozarían de aquella honra que es otorgada á los vencedores. E con estas razones que oian los moros, estaban tan constantes en la defensa de la cibdad, que no querian oír partido ninguno de los que les eran ofrescidos.

Sabido esto por el Rey, é considerando que el cerco se prolongaria, é que en las peleas y escaramuzas pasadas la gente de su hueste se habia algo diminuido, embiólo á decir á la Reyna, la qual embió luego sus cartas é mensageros á algunos Grandes é Caballeros de sus Reynos, mandándoles que viniesen por sus personas, ó embiasen sus gentes para continuar el cerco que el Rey tenia sobre la cibdad de Baza.

Recebidas estas cartas, luego vinieron por el llamamiento de la Reyna Don Fadrique de Toledo, Duque de Alva, é Don Fadrique Enriquez, Almirante mayor de Castilla, é Don Pedro Manrique, Duque de Nájera, é Don Pedro Alvarez Osorio, Marqués de Astorga, é Don Gabriel Manrique, Conde de Osorno, é otros caballeros con gente de caballo é de pié; é algunos Grandes que no podieron venir, embiaron sus gentes con sus capitanes, segun les fué mandado. Otrosí algunas cibdades é villas á quien la Reyna mandó que embiasen peones espingarderos é lanceros é ballesteros, embiaron luego el número de la gente que les embió á mandar. E con estos caballeros é gentes que vinieron, se fornesció el real de mas gente, é la hueste pudo mejor comportar los trabajos de las guardas é peleas continas que se habian con los moros. E porque ambos á dos reales estoviesen mejor fornescidos de gentes, mandó el Rey al Duque de Nájera que se aposentase en el real do estaba el artillería, é con él otros homes á caballo, é gentes de pié de los que vinieron por el llamamiento de la Reyna. Y en el real donde el Rey estaba, se aposentaron el Duque de Alva, y el Almirante, y el Marqués de Astorga, y el Conde de Osorno con toda la otra gente de armas que traxieron. E como quier que los moros veian las gentes que de nuevo venian á continuar en aquel sitio, pero entendiendo que aquella cibdad habida por los christianos habria poca resistencia en las cibdades de Guadix é Almería, y en todas las otras villas é tierras que estaban á la obediencia del Rey Moro que estaba en Guadix, acordaron de mostrar esfuerço, é avivar mas sus fuerzas para se defender é pelear por la guarda de aquella cibdad. Considerando ansimesmo la Reyna quanta difama se imputaria á la conquista por el Rey é por ella comenzada contra aquel Reyno de Granada, si se alzase el real é no se ganase la cibdad, trabajava en bastecer la hueste de dineros é gentes é de todas las cosas necesarias. Este real, todo el tiempo que estuvo puesto sobre aquella cibdad, cosa es digna de memoria la abundancia que en él ovo de todas las cosas; é no solamente de pan é vino é carne, pero otrosí de almeros, silleros, freneros é de todos los otros oficios necesarios en los reales; mas allende desto concurrieron allí

mercaderes de Castilla, é de Aragon, é del Reyno de Valencia, é del Principado de Cataluña, y del Reyno de Sicilia. Los quales truxieron brocados, é sedas, é paños, é lienços, é tapicerías, é algunas otras cosas que mollecen la gente de guerra, é dañan é no aprovechan en las huestes.

CAPÍTULO CXIV.

De las escaramuzas que se habian con los moros en el cerco de la cibdad de Baza.

Todos los dias salian los moros á pelear con los christianos, veces con aquellos que guardaban las estanzas que tenian puestas los del real del artillería, é otras veces con las guardas de la sierra, é muchos dias con aquellos que guardaban los castillos. Y en estas peleas siempre facian daño é lo recibian; é algunos dias facian rebatos dos ó tres veces, en los quales convenia que todo el real tomase armas para socorrer las partes do combatian.

Acaesció un dia en la tarde despues de las escaramuzas que se ovieron en la mañana por dos ó tres partes, sintiendo los moros muy grave la cava é palizada que habemos dicho que se facia por la sierra alta, acordaron de ferir en el Comendador mayor Don Gutierre de Cárdenas, que tenia cargo de la facer. E pusieronse en celada en una rambla fasta quatro mil peones é docientos homes de caballo; é como la noche vino, é los christianos que trabajaban é guardaban en aquella obra se retraxieron, é los moros veyeron que la guarda del dia se iba ántes que la de la noche llegase, arremetieron una esquadra dellos con gran ímpetu é alarido contra el Comendador mayor de Leon, é contra Don Rodrigo de Mendoza, capitán de la gente del Cardenal que le vino á socorrer. Y estos dos capitanes ficiéron rostro á los moros en el primero acometimiento é pelearon con ellos; pero quando ovieron conocimiento de la celada que tenian armada, retraxieronse con su gente á un cerro, fasta que vinieron Don Sancho de Castilla y el Comendador Pedro de Ribera capitanes con sus gentes á los ayudar; é como los veyeron venir, tornaron contra los moros, é pelearon con ellos por lo alto é por las faldas de la sierra; é algunas veces retrayendo los moros á los christianos, é otras veces los christianos á los moros, caian homes é caballos de la una parte é de la otra. El Rey, visto que la pelea se encendia, mandó á algunos capitanes que acometiesen á los moros por otras partes; y él con las gentes de su guarda fué por la sierra alta por esforzar sus gentes que peleaban. Los moros, visto que cargaba gente de los christianos contra ellos por todas partes, se retraxieron á sus estanzas.

En esta batalla, que duraria por espacio de dos horas, recibieron algun daño los christianos, porque fueron feridos peleando Don Sancho de Castilla, capitán, é Don Cárlos de Guevara, é Don Alvaro de Mendoza, hijo de Ruy Diaz de Mendoza, Maestresala de la Reyna, é Pedro de Texeda, capitán de la gente del Duque de Alva; é fué muerto Felipe Or-

doñez, otro capitán, de las muchas heridas que recibió; é fueron heridos é muertos otros muchos de pié é de caballo. Acaesció en esta escaramuza, quando ya los unos é los otros se retraían, que un caballero que se llamaba Martín Galindo, de la capitania del Marqués de Cáliz, llamó á batalla singular de uno por uno á un moro que estaba á caballo. El moro visto que aquel caballero christiano le llamaba, vino para él, y encontraronse de las lanzas, y y en el primero encuentro el christiano derribó al moro del caballo. E luego como el moro se vido en tierra, aunque ferido en la cara, se levantó presto é cobró su lanza; é ántes que el caballero christiano le pudiese tirar golpe, fué contra él, é peleó con él á pié con tanta fuerza é osadía, que le firió de dos heridas, una en la mano, é otra en el brazo; é ferírale mas, salvo porque fué socorrido.

Otros algunos mancebos de la hueste, embidiosos de la destreza que este moro tovo, aunque en lugares asaz peligrosos, se ofrescian á facer semejantes armas con algunos de los moros. Pero el Rey, que no menos cuidado tenia de la guarda de sus gentes que de la victoria que esperaba, defendia los osados atrevimientos do se mostraba el peligro manifesto; otrosí defendia, que no se moviesen escaramuzas, porque allende de ser los moros mas mostrados que otras gentes en semejante arte de pelear, los lugares do las movian les eran tan favorables, que mas veces facian daño en los christianos que lo recibían. Despues que esta pelea acaesció, porque de los moros que habian salido de la cibdad é pasado al real, se sospechó que quier avisando á los de la cibdad, quier imaginando de facer algun mal en la hueste, se podría seguir algun inconveniente, el Rey mandó pregonar que dende en adelante ningun moro de los que habian salido de la cibdad estoviese en el real, é que fuese libre á qualquier lugar que quisiese de aquellos que estaban por el Rey é por la Reyna; é que si dende en adelante algunos otros saliesen de la cibdad para se pasar al real, que fuesen captivos. E no embargante este pregon, algunos moros que sentian la mengua de los mantenimientos que habia en la cibdad, salían é se venían al real, ofresciéndose de voluntad por esclavos de los christianos ántes que padecer la hambre que decían padecer. Pero esta mengua de mantenimientos no se sentía defuera, porque veían el Rey é los de la hueste todos los mas días salir caballeros é peones bien dispuestos, é que peleaban como homes esforzados, é no menguados de mantenimientos.

CAPÍTULO CXV.

De la celada que el Rey mandó poner á los moros de Baza.

Los moros de la cibdad de Baza, segun habemos dicho, todos los días salían á pelear, é acometían á los christianos que estaban en las guardas puestas por todas partes, y en las estancias é castillos que estaban fechos en circuito de la cibdad por la parte baxa de lo llano. E allende desto, todas las veces

que los christianos acometían á los moros, siempre los fallaban prestos, é salían á pelear por qualesquier partes que les era movida la escaramuza. E porque en algunos de los recuentros é peleas habidas en los días pasados los moros se sentían vencedores, cobraban tan grand orgullo, que algunas veces teniendo en poco la fuerza de los enemigos, arremetían á las estancias de los christianos, é de salto ferían é mataban homes, é tomaban armas é ropas, é otras cosas de las que ende fallaban. El Rey, que desde su menor edad fué criado en las guerras que el Rey su padre tovo en la tierra de Cataluña, y era bien mostrado en todos los actos que se requerían para la disciplina militar, é tenia buena industria en las cosas del campo, vista la soltura de los moros, é que su orgullo les ponía la vida en aventura, ordenó de armarles una celada en esta manera. Mandó al Comendador mayor de Calatrava, é á Antonio del Aguila, é á Diego Hernandez de Córdoba, que sueltos sin guardar orden de batalla corriesen con las gentes de sus capitanes contra las estancias de los moros. E mandó á Francisco de Bovadilla, capitán, que estoviese en una celada; é al Marqués de Aguilar, é á Luis Hernandez Puertocarrero, Señor de Palma, é á Gonzalo Hernandez de Córdoba, capitán é Alcayde de Alora, que con sus gentes estoviesen en otra celada; y el Rey se puso en otra parte encubierta con sus gentes. E mandó á los de las celadas que á cierto toque de las trompetas saliesen, é que la una celada fuese á atajar á los moros si saliesen por una parte, é la otra celada atajase por otra, é la otra gente arremetiese contra los moros que saliesen.

Dada por el Rey esta orden, é puestos los capitanes en los lugares de las celadas, como veyeron los moros las gentes de los tres capitanes primeros ir sueltos é desordenados, imaginando que iban perdidos salieron contra ellos, é siguieronlos fasta el lugar do estaba una de las celadas. E como allí fueron, el Marqués de Aguilar, é Puertocarrero é los otros capitanes oido el signo que el Rey mandó facer á las trompetas, salieron de sus celadas; é no fueron derechos contra los moros, mas fueron por la orden que el Rey habia dado, á los lugares do se podían atajar. E como los capitanes moros veyeron así sus gentes atajadas de la una parte, é que los de la otra celada venían contra ellos, conociendo su peligro volvieron las espaldas, fuyendo á se meter en sus albarradas, é los christianos empos dellos. Pero antes que pudiesen llegar á sus defensas, los christianos firieron en ellos, é mataron fasta quatrocientos moros é mas de cien caballos, sin que los moros volbiesen rienda á se defender ni pelear. Los christianos habido aquel vencimiento, se volvieron sin recibir daño. E ni por la caída que los moros ovieron este día, se les amansó el ánimo para tornar á la pelea, ántes el dolor que sintieron les despertó la ira, para luego otro día ponerse en una celada, para tomar algunos christianos que andaban desmandados, é otros cogiendo atocha. Y esperando que la guarda de la noche se fuese, é ántes que

llegase la que habia de guardar el día en aquella parte, los moros salieron fasta setenta de caballo é quinientos peones del lugar do estaban encubiertos, é fueron contra los christianos, é mataron algunos, é prendieron otros, é mataron algunas bestias, antes que los caballeros que venían á la guarda los pudiesen socorrer.

CAPÍTULO CXVI.

De otro recuento que ovieron los christianos con los moros en el cerco de Baza.

El Rey algunos días iba desde su real á lo alto de la sierra, por ver la cava é castillo que habemos dicho que en aquellas partes se facían. E iban en la guarda de su persona con sus gentes Don Diego Lopez Pacheco, Marqués de Villena, é Don Pedro Enriquez, Adelantado mayor del Andalucía, é Don Enrique Enriquez, su Mayordomo mayor. E mandó á Don Rodrigo de Mendoza, é á Don Hurtado de Mendoza, Adelantado de Cazorla, Capitanes de la gente del Cardenal de España, é á Don Sancho de Castilla, que habian tenido la guarda del campo en la sierra la noche ántes, que no dexasen la guarda que tenían fasta que viniesen los Condes de Cabra é de Urueña, y el Marqués de Astorga, é los otros caballeros que habian de tener la guarda del día en aquel lugar, porque él pudiese bien ver desde lo alto la cibdad, é los lugares á donde mejor se podían acercar las estancias contra los arrabales.

Los moros, que tenían propósito de poner sus fuerzas para impedir la obra que sobre la sierra se facía, salieron fasta quatrocientos de caballo é tres mil peones, é fueron por la sierra arriba contra la batalla de Don Rodrigo de Mendoza, é del Adelantado su tío, é de Don Sancho de Castilla, é pelearon con ellos. E porque de la cibdad salían mas moros en ayuda de los que primero acometieron la pelea, el Rey mandó al Conde de Tendilla que acometiese á los moros por otro lugar, á fin que dexasen la pelea comenzada contra los capitanes é gentes del Cardenal é de Don Sancho de Castilla. El Conde de Tendilla acometió segun le fué mandado por otra parte á los moros que estaban cerca de la cibdad, los quales salieron contra él, é comenzaron á ferir en su gente con acometimiento tan arrebatado, que algunos de los caballeros é peones que con él iban, no pudiendo sufrir el ímpetu riguroso de los moros, ni los muchos tiros de pólvora é saetas é lanzas que tiraban, volvieron las espaldas é dexaron al Conde; el qual pensando que si se retraía del lugar do estaba, podría él é los suyos que con él quedaron recibir mayor peligro, con grand esfuerzo sostuvo aquel lugar peleando ó sufriendo la fuerza de los enemigos, fasta que de la gente del real vinieron á le socorrer.

Visto por el Rey que los moros duraban en la pelea por aquellas partes, embió á mandar al Maestro de Santiago que cometiese á los moros por una parte, é al Marqués de Cáliz, é al Duque de Nájera, é á los Comendadores de Calatrava é Alcántara, é

á Francisco de Bovadilla, que entrasen á ferir en los moros por la parte del real donde estaba el artillería.

Los moros ansimesmo salieron contra esta tercera escuadra de gente, é pelearon con ellos, é algunas veces los moros retraían á los christianos, é otras veces los christianos retraían á los moros. Oido por los que estaban en el real que el Rey peleaba, armaronse todas las gentes de la hueste, é fueron á donde el Rey estaba; é juntos con los que primero peleaban, fueron contra los moros. Los quales no pudiendo sufrir la fuerza de los christianos que por tantas partes les movieron la pelea, fuyeron por las cuevas, é los christianos los siguieron firiendo é matando en ellos, fasta que los metieron por los arrabales de la cibdad, en los quales entraron muchos de los peones christianos, é sacaron de las casas de los moros ropa é todo lo que fallaban. E podieran los christianos aquel día ganar los arrabales, salvo por las grandes cavas é palizadas que los moros tenían fechas, las quales defendían la entrada á los de caballo. Tambien impedía que no pudiesen entrar muchos peones juntos la estrechura grande que habia en las entradas.

En la batalla deste día, que duró por espacio de quatro horas, los unos é los otros eran iguales en el esfuerzo, pero á los christianos ayudaba el mayor número, é á los moros el mejor lugar. E al fin los caballeros é capitanes christianos, firiendo é sufriendo golpes de muchas partes, tovieron ánimo para ser constantes, é haber el vencimiento de aquella pelea; en la qual si por ventura alguno de su natural era cobarde, la vergüenza del compañero, é la presencia del Rey, le constreñían á encubrir su flaqueza, é á mostrar en aquella hora fuerzas y esfuerzo para pelear. E por cierto la presencia del príncipe mucho face en las batallas, así para poner ánimo á los suyos, como para que el esforzado no quede sin ser galardonado, y el flaco no quede sin ser conocido.

Fallaronse muertos de los christianos trecientos homes, caballeros é peones, pero ninguno principal, salvo un mancebo que se llamaba Don Juan de Luna, fijo heredero de la casa de Luna en Aragon, é algunos feridos. De los moros se fallaron muertos mas de quinientos, é muchos caballos de la una parte é de la otra.

CAPÍTULO CXVII.

De las cosas que se hicieron en el real de Baza, é como la Reyna mandó adobar los caminos.

Pasados cinco meses del tiempo que el Rey tovo cercada la cibdad de Baza, las gentes de la hueste estaban trabajadas, porque era necesario salir dos guardas cada día, é otras dos de noche, una por la parte del real do estaba el Rey, é otra del real do estaba el artillería. E allende destas guardas, porque no era aun acabada la cava é los muros que se facían en circuito de la cibdad por lo alto de la sierra, é porque se recelaba que alguna gente de la

cibdad de Granada viniesen á Guadix para desde allí venir á entrar en Baza, el Rey mandaba poner en aquellas partes gente de caballo, que andoviesen por sobreguardas en las montañas é lugares altos, é otras guardas escusañas, y escuchas en lugares ciertos, fasta llegar bien cerca de la cibdad. Allende desto, las gentes de armas estaban trabajadas de las escaramuzas é peleas que continamente habian con los moros, donde todos los mas dias habia feridos é muertos homes é caballos; pero la esperanza de la victoria les facia sufrir la pena de los trabajos, especialmente porque los mas dias salian moros de la cibdad que se daban á los christianos, eligiendo mas el captiverio que la mengua de los mantenimientos que decian haber en la cibdad. Y estos daban esperanza cierta al Rey que prestamente la habria, especialmente por la mengua del pan é de la sal, é de otras cosas necesarias á la vida. Ansimesmo decian, que el Caudillo é los moros de la cibdad habrian demandado partido de entregar la cibdad, salvo por algunos christianos que se pasaban á ellos, é les daban confianza cierta que el Rey no se podria sostener por los grandes trabajos que las gentes padescian en los muchos dias que allí habian estado, é por las menguas é carestías de viandas que habia en la hueste, é por el tiempo del invierno que venia presto: en el qual seria imposible segun la calidad de la tierra, estar gente en el campo. Y estas informaciones que se habian acá é allá, facian á los unos é á los otros sufrir los trabajos que padescian, los unos pensando ser descercados, é los otros esperando haber la cibdad. La Reyna, que estaba en Jaen, siempre proveia de dineros para el sueldo, é mandaba ir las requas de los bastimentos continamente, porque no oviese falta de lo necesario en el real. Ansimesmo el Rey mandó facer casas en el real, para defensa del frio é de las aguas que con el tiempo del invierno esperaban. E luego los Grandes, é caballeros, é capitanes que estaban en el real, hicieron casas de tapias, é cubiertas de madera é texa, de tal manera que era defensa para las fortunas del invierno, é del frio é del sol. En facer estas casas ovo tanta diligencia, que en espacio de quatro dias hicieron mas de mil casas puestas en órden por sus calles. E allende de las casas, todas las gentes de pie hicieron ramadas é chozas, cubiertas de tal manera, que defendian del frio é las aguas. Pero despues que estas casas se hicieron, sobrevino una lluvia tan grande, que derribó muchas dellas, é la gente del real padesció mucha pena, é murieron algunos homes, é muchos caballos é otras bestias. E allende de los trabajos que sofrieron con aquella lluvia, se dañaron los caminos de tal manera, que las requas que andaban con los mantenimientos no los podian pasar por el crecimiento de los rios, é por la grandes hoyas é barrancos que la fortuna de las aguas fizo. E porque solo un dia por esta causa cesaron de andar las requas, ovo tan grande falta en el real de pan é cebada, que las gentes, quitada toda esperanza de poder allí durar, se querian ir por miedo de la hambre que recelaban.

La Reyna, sabido aquel inconveniente, luego embió muchos oficiales é fasta seis mil peones, para reparar los caminos. Y estos maestros é peones hicieron calzadas é puentes tantas, que duraron siete leguas de tierra, por donde podieron pasar las requas de los mantenimientos. É las gentes de armas que el Rey mandó estar de contino derramadas por los cerros é por otros lugares para guarda de los caminos, hicieron dos sendas, una para las requas que iban con los mantenimientos, é otra para los que venian; porque yendo é viniendo los unos, no impidiesen el camino á los otros.

CAPÍTULO CXVIII.

De la forma que la Reyna tovo para bastecer de dineros é mantenimientos á la hueste que el Rey tenia sobre Baza.

Recontado habemos en esta Crónica como ninguna conquista de tierras ni de reynos se lee, donde se requiriesen tantas cosas, ni oviese tantos peligros para llevar los mantenimientos necesarios á las huestes, como en esta conquista del Reyno de Granada, que el Rey Don Fernando é la Reyna Doña Isabel su muger conquistaron; porque si algunos reyes y emperadores guerrearon reynos é provincias aquellos habian los mantenimientos para su hueste traídos por mar, ó por riberas, ó en carros, ó habíanlos de las mismas tierras que conquistaban, que abundaban en vituallas; contrario de lo que fué en esta guerra, porque no solamente convenia traer mantenimientos para la gente de la hueste, mas allende desto era necesario traerlos para la gentes que moraban en la tierra que se ganaba, é para las gentes de armas que quedaban para la guardar; é ni habia mar cercana por do se traxiesen, ni rios que se pudiesen navegar, porque la tierra era de tan altas sierras é tan fragosos caminos, que ni por los rios, ni con los carros se podian traer. Allende desto, era necesario gente de armas, que contino andoviese con las requas que iban á los reales, para los segurar de los enemigos. É porque ningun mercader se movia á llevar mantenimientos para los vender por su interese proprio, por las dificultades é pérdidas que habian en los llevar, la Reyna á fin de tener bastecida su hueste, mandó alquilar á su costa catorce mil bestias. Otrosí mandó comprar el trigo é cebada que se pudo haber en todas las cibdades, é villas, é lugares de Andalucía, y en las tierras de los Maestrados de Santiago é Calatrava, é del Priorazgo de San Juan fasta Cibdad-Real; é dió cargo á unos que lo recibiesen, é á otros que lo llevasen á los molinos, é á otros que estoviesen en ellos estantes, solicitando las moliendas, y entregando la farina á las requas, que de contino andaban acarreándolo al real; otros tenian cargo de recibir la cebada y embiarla. Con cada docientas bestias andaba un home que tenia cargo de solicitar los requeros, é los ministrar por los caminos é proveerlos de lo necesario, porque solo un dia las requas no cesasen de andar. Y en esta provision de los mantenimientos, é las cosas que

CAPÍTULO CXIX.

De los baluartes que el Rey mandó facer, é de las peleas que ovieron con los moros en el real de Baza.

El real do estaba la gente que guardaba el artillería, era mas cercano á la cibdad que el otro real do estaba el Rey. É como quier que segun habemos dicho, del un real al otro habia espacio de una legua; pero todos los mas dias el Rey iba á visitar aquel real, é lo mandaba proveer de gentes é de lo que era necesario. É porque consideró que los moros de la cibdad estarian mas apremiados estando las estancias de los suyos mas cercanas, mandó que un baluarte que estaba fecho contra una estancia de los moros se acercase mas adelante, é dió el cargo para lo facer al Marqués de Cáliz é al Duque de Náxera, é á los otros caballeros que estaban con ellos en el real del artillería. É una noche que tovieron la guarda por la parte de la sierra el Maestro de Santiago, é por la parte de lo llano el Duque de Alva, y el Almirante de Castilla, y el Marqués de Astorga, y el Conde de Osorno, comenzaron los christianos con dos mil peones á facer el baluarte que el Rey mandó; é los caballeros peleando, é los peones cavando, se acabó de facer tanto cerca de las estancias de los moros, que se tiraban piedras de mano los unos á los otros. Los moros quando otro dia veyeron el baluarte fecho tan cerca de sus estancias, tirónle con sus búzanos, é movian peleas contra la gente que lo guardaba; y estas eran tantas, que convenia á los christianos mudar cada hora la gente que guardaba aquel baluarte, porque los unos descansasen en tanto que los otros peleaban. Pasados quatro dias despues que aquel baluarte se fizo, salieron de la cibdad fasta cient moros de caballo, por tomar algunos christianos que veyeron andar desordenados por el circuito do habia estado la huerta. Como los vido Don Alvaro de Bazan que acaso se acertó fallar en aquella parte, fué con su gente contra aquellos moros, é revolvióse la pelea entre ellos, que duró por espacio de una hora. En este comedio Bernal Frances é Sancho del Águila, capitanes, salieron por otra parte á dar en una estancia de los moros con propósito de la quemar; é como llegaron con sus gentes cerca á le poner fuego, salieron contra estos dos capitanes fasta quinientos moros á pié é á caballo. Y estos por una parte, é Don Álvaro de Bazan por la otra, pelearon con los moros, donde la victoria fué vária, porque los moros retraian á los christianos, é otras veces los christianos vencian á los moros. El Rey venia en este tiempo á ver el baluarte, é la cava que mandó facer en el real del artillería; y en la guarda de su persona venian con sus gentes Don Diego Lopez Pacheco, Marqués de Villena, é Don Enrique Enriquez, su Mayordomo mayor, é Don Pedro Enriquez Adelantado mayor del Andalucía; é como vido aquella pelea, mandó á aquellos caballeros que venian con él, que fuesen á yudar á Don Álvaro. É como los moros veyeron venir contra ellos mas

para ello se requerian, la Reyna estaba continuamente entendiendo; é todos los de su consejo é oficiales por su mandado estaban solícitos, porque era necesario embiar todos los dias cartas é mensageros á todas partes, porque no cesasen las catorce mil bestias que tenia alquiladas para llevar la farina é cebada que era menester en el real; lo qual recibian oficiales puestos por la Reyna, é lo ponian en un lugar que se llamaba el alhóndiga. É aquellos que lo recibian, tenian cargo de lo vender á los de la hueste á un precio tasado, que ni bajaba ni subia mas.

En esta negociacion, contado el precio que costaba el trigo é la cebada, y el precio á como se vendia, é las costas que sobre ello se facian; se falló de pérdida en tiempo de seis meses mas de quarenta cuentos de maravedis. Pero allende de los otros gastos que se facian, convenia á la Reyna facer este gasto, á fin que las gentes del real estoviesen bien proveidos, é no oviesen razon de se quejar por la carestía de los mantenimientos. Otrosí, porque el cerco que se puso sobre esta cibdad se dilatava, y el tiempo habia consumido gran suma de dineros que la Reyna al principio tenia, así de la cruzada, como del subsidio é de sus rentas, para sostener esta guerra, acordó de echar prestido en todos sus Reynos. É luego embió sus cartas á todas las cibdades é villas, para que le prestasen cierta suma de maravedis, segun el repartimiento que á cada uno cupo. Allende desto, escribió á perlados é caballeros, é dueñas, é mercaderes, é otras personas singulares, que le prestasen lo que le pudiesen prestar. É todos conociendo que la Reyna tenia cuidado de pagar bien estos prestidos, la prestaban cada uno lo que podia segun su facultad. É algunos caballeros é dueñas, é otras personas, conociendo la necesidad en que estaba, é veyendo en que lo gastaba, se movian de su voluntad á le prestar algunas sumas de oro é de plata sin ge lo demandar. É porque estos prestidos, que podian ser en número de cien cuentos, no bastaban á los gastos continos que se recrecian en la guerra, acordó de vender alguna cantidad de maravedis de sus rentas, para que las oviesen por juro de heredad qualesquier personas que los querian comprar, dando diez mil maravedis por un millar. É destes maravedis que á este precio compraron muchas personas de sus Reynos les mandaba dar sus privilegios para que les fuesen situados en qualesquier rentas de las cibdades, villas é lugares de sus Reynos, para que los oviesen é llevasen todos los años, fasta que les mandasen volver las quantías de maravedis que por ellos dieron. É deste empeñamiento de rentas se ovieron asaz quantías de maravedis; pero porque todo este dinero se consumia, é no bastaba á los grandes gastos del sueldo contino, é otras cosas concernientes á la guerra; la Reyna embió todas sus joyas de oro é de plata, é joyeles, é perlas, é piedras á las cibdades de Valencia é Barcelona, á las empeñar; é se empeñaron por grande suma de maravedis.